

NOTICIARIO

EL PROFESOR SANCHEZ VILLARES MEDALLA DE ORO DE LA CIUDAD DE SALAMANCA (1993)

El ayuntamiento salmantino concedió este año la Medalla de Oro de la ciudad al profesor Ernesto Sánchez Villares, salmantino y antiguo alumno de esa Universidad, dónde fue profesor desde el año 1947 hasta 1965. El discurso de agradecimiento leído por D. Ernesto se transcribe a continuación literalmente.

ACTO DE CONCESIÓN DE LA MEDALLA DE ORO DE LA CIUDAD DE SALAMANCA. AYUNTAMIENTO, 8 septiembre 1993

Excm. Sr. Alcalde. Miembros de la Corporación. Excmos. e Ilmos. Srs. Amigos:

Hace dos semanas hice deregonero de las Ferias y Fiestas de mi pueblo natal (Villavieja de Yeltes), donde viví ocho años. Otros tantos duró mi estancia en Ciudad Rodrigo. En 1939



llegué a Salamanca para cursar la carrera de Medicina en la misma Facultad que lo había hecho mi padre. Conocí y viví a fondo la ciudad. De patrona en patrona, pasé de la calle Meléndez a Librerías, Serrano, Ronda del Corpus y Avda. de Italia. Concluida la carrera, viví en el Colegio Mayor San Bartolomé —breve tiempo— y en un edificio vecino al Ayuntamiento —el Hotel «Las Torres»— algo más.

Entonces nacieron mis afectos a profesores de la Facultad y a otros de la Universidad. Más de medio siglo tiene ya mi estrecha relación con algunos discípulos y muy cordial con otros muchos. De esa época data mi conocimiento de Angelita S. Francisco: musa y admirada compañera de estudios.

Siendo alumna se casó con Pepe Núñez y nació su primer hijo cuando cursábamos Ginecología. Pepe, Angelita y sus hijos, forman parte de mi gran patrimonio salmantino.

Mi prolongado servicio a la Facultad como Profesor Adjunto —17 años—, me deparó el privilegio de participar en la formación de centenares de alumnos, docenas de pediatras y algunos catedráticos, dos de ellos salmantinos: Manuel Hernández y Manuel Crespo.

Realicé mi quehacer académico de manera paralela al ejercicio profesional, lo que me permitió ampliar mi peregrinaje urbano a las calles Concejo y Gran Vía. Tuve la posibilidad de ayudar, en lo que pude, a varios miles de niños y a través de bastantes de ellos mantener relaciones y establecer afectos duraderos con padres y familiares. Difícil transcribir el singular gozo de ver ahora, casi cada día, a los hijos/as de los niños que atendí entonces. La primera que llegó a la Consulta tenía en el 1948, 10 años. Puede ser abuela.

En aquellos años de entrega e ilusionados esfuerzos fundamos la Sociedad Castellano-Astur-Leonesa de Pediatría que, junto a una intensa actividad científica y la edición de una revista periódica (que prosigue a los 33 años), sirvió de vehículo para facilitar el conocimiento y amistad entre los pediatras, de lo que hoy es una multinacional: Asturias, Cantabria y Castilla y León.

Aquí estudió Mercedes —Merche— mi mujer, también pediatra y doctora por la Uni-

versidad de Salamanca. Cuando vuelve se le ensancha el alma, le brilla la mirada y no para de dar saltos de alegría cuando por todas partes encuentra amigos. Nacieron siete hijos. Una de las mayores, Marta —gemela de Merche—, estudió parte de la carrera de Medicina en esta Facultad. Nuestro único hijo pucelano, cuando era pequeño, se quejaba y decía: «¿Por qué no me nacisteis en Salamanca?».

Son hondas nuestras raíces con estas tierras. Mi bisabuelo emigró de Villares de la Reina a Ciudad Rodrigo. Mi abuelo Antonio nació en Miróbriga. Fue diputado por su distrito muchos años. Presidió la Diputación y en los periodos de alternancia política, en su condición de liberal, fue Gobernador interino de la provincia. Contribuyó a la edición del «Cancionero Charro» de su paisano y amigo D. Dámaso Ledesma. Estos armuñeses nuevos en C. Rodrigo eran más conocidos por los Villares. Un buen día decidieron unir el apellido legal y el apodo. El otro abuelo, natural de Hinojosa, fue Administrador provincial de correos de Salamanca. Recuerdo haber pasado alguna temporada en la casa de la Plaza Mayor donde estaba su trabajo. Se quemó. Luego fue la tienda de Jesús Rodríguez. En mi salmantinismo confluyen aires del Tormes, del Duero, del Agueda y del Yeltes.

Pero no se trata de contarles mi historia, sino de darles las gracias. No tengo que ocultar mis sentimientos. De siempre disfruto de un rico mundo afectivo, que se incrementa con los años, y que nunca he reprimido. Por eso confieso sin disimulos que me halaga recibir esta distinción y que me ha emocionado saber que un grupo de amigos tomó la iniciativa de esta propuesta, a la que correspondió con pródiga generosidad la Corporación Municipal que preside D. Jesús Málaga. A todos los que integran este Ayuntamiento y a los que participan en los diferentes Grupos Políticos: muchísimas gracias. Mi reconocimiento también a las entidades que de una y otra forma lo han hecho posible: Rectorado, Colegio de Médicos, ...

He puesto especial empeño en no citar nombres, salvo los de Pepe Núñez y Angelita, porque la relación sería inacabable y las omisiones imperdonables. Pido ahora la venia para dejar constancia de algunos, que de alguna manera desearía fueran a modo de símbolo de

todos los que llevo muy dentro. De mis profesores —todos muy queridos— subrayo mi admiración por Fernando Galán y mi discipulaje de Guillermo Arce. Luis Sánchez Granjel y José del Castillo Nicolau, fueron y son amigos fraternales. Delfín Pérez Sandoval y Angelita forman parte de los muchos condiscípulos que tengo en la mente. Pablo González, Pereña y Escribano pertenecen a una generación de discípulos muy queridos. Nuestra Sociedad, ha enviado a su Vice-Presidente Serafín Málaga. A él y Félix Lorente, puntales firmes de esta Asociación, ruego que transmitan a todos mi confraternidad. Enrique Sena; Luisa, sus hijos y alguna nieta son amigos «del alma», y en ellos quiero ejemplarizar a los familiares de niños a los que conocí cuando yo andaba por estas tierras. Como sería imposible seguir esta «declaración de amor», no por falta de ganas sino por falta de tiempo, debo concluir.

Me hace muy feliz que estén presentes mi hermana, varios de nuestros hijos, todos ellos con el apego salmantino que les imprimió su nacimiento. Y mis nietas Isabel y Violeta, ambas vallisoletanas.

Deseo que esta querida ciudad, conjugando su historia sin igual con un presente emprendedor, mantenga su personalidad, la que cantaron Cervantes, Unamuno y tantos otros. La que nos hace quererla profundamente.

Si amor con amor se paga, los Sánchez Jacob hemos sido altamente recompensados. Sabremos corresponder con nuestra devoción a Salamanca, que nos hechizó hace ya muchos años. De la que nos ausentamos físicamente, no en la intimidad de los sentimientos y la solidaridad. A Salamanca seguimos firmemente entrañados. Gracias.